

## Bestiario

“Poco importa burlar brazos y pecho  
si te labra prisión en mi fantasía.”

Te asedio en el recuerdo, de modo tal, que aun cuando distante y perdido, estás en mí y conmigo sin que nada puedas hacer para librarte de esta ubicua prisión que te he tendido. Memoriosa cárcel de amor que edifico cada día, mientras cumplo empecinada las diarias tareas que la vida me impone. Baluarte que construyo con las acrisoladas cadenas de la evocación y el ensueño: palabras nunca dichas en voz alta, que me permiten rescatar la imagen viva de aquel atardecer, siempre renovado en mi memoria, pues no permito nunca que las cenizas del olvido demeriten sus prestigios, y esclava yo misma de mi pasión, pulo u embellezco, cada objeto, cada nimia sensación que imante tu presencia.

Aquel atardecer en que te conocí y caminamos, horas y horas por las avenidas de una ciudad que no el tumultuoso hormiguero, sórdido y gris, en el que se ha convertido, pero que aislada por el no igual sino más bella. Las hojas de los árboles empapadas por la lluvia torrencial y repentina, se transforman en un bosque de iridiscentes peces que cantan, sisean, ríen y murmuran, mientras tú y yo, aquella tarde, ésta, la tarde de hoy, la de mañana, estudiando, viendo la televisión, frente a esta máquina de escribir que no consigo dominar, seguimos caminando, tomados de la mano. Charlamos, cantamos, bromeamos y tú de seduces con las historias prodigiosas de un mundo desconocido en aquel entonces por mí.

Sentada aquí, respetable y bonachona, seria y en el fondo impenetrable, veo tus ojos como los múltiples ojos de la cola del pavo real, que se abren majestuoso, hipnóticos y sugerentes, y si fuera menos temeraria, atendería sus prudentes avisos, que en este porvenir ensimismado, nos apresan sin remedio. Herida sin la menos cicatriz, me contemplo y te contemplo; sueño y en el sueño te aprisiono sin que puedas evadirte e iniciamos un diálogo que me devuelve tu memoria; invento y escucho tu voz, tanto más amada por cuanto que es imagen entrañable de mis deseos y fantasmas.

Cuando aún tenía alguna esperanza, cantaba como el gallo al alba y al crepúsculo, mas día a día perdía la esperanza, que es lo último que se pierde, como alguien que sí sabía, dijo: “Cuando ya nada esperé, canté a la media noche”, todavía lo hago; en lo más oscuro de la noche elvo como el gallo, mi exasperada y potente voz, la voz del amor desesperado. Pero ¿sabes?, al cabo de tantos años de cantar a los cuatro puntos del solar cuadrante, poco importa que respondas, pues mi canto como un eco se multiplica, regresando amoroso a mí, lo que me basta para existir.

Recuerdo aquella primera carta, en la que creyéndome niña –tal vez lo era- dibujaste un pequeño gallo que tenía si pico atado y se esforzaba por librarse. Dudo ahora, que fuera una cita de Richard de Fournival, pero si para ti tenía otro significado, hoy para mí, es la voz de este amor que invento cada día y como el grillo, que ama con tanta fuerza que muere cantando porque pierde el apetito y olvida buscar otro alimento, así yo, fascinada por mi propia historia, he sido ciega y sorda a todos aquellos que me amaron y sólo veo y siento a través del espejo de mi ensoñación. Todo en ti se trasmuta y cuando aparezco más serena y cotidiana, las imágenes tuyas acuden en tropel y mis oídos se pierden en el laberinto de tu múltiples voces que me solicitan, que me aturden, envuelven y seducen.

Como el perro devora lo que momentos antes ha devuelto, así quisierarecoger las palabras que un día te escribí, vómito súbito de un alma que por primera vez transitaba por los intrincados caminos del amor; tanto dije y tan sin coraza, que gustosamente devoraría una y mil veces ese caudal de voces y sentimientos que inerte me dejaron ante ti. Hoy mi amor de ha fortalecido, pues si bien es cierto que no puede doblarlo sin girar a la vez todo su cuerpo y al mismo tiempo nunca se apodera de la presa que está cerca de su guarida; así, ,te amo más, cuanto más lejos te encuentras, que para hacerlo, más me estorbas vecino a mí, que allá lejos, donde te invento cada largo y eterno instante en el que callo y nada digo.

Cuando caminamos aquella primera tarde, nada hubiera tenido que temer si hubiese huido para no escuchar tu dulce canto, como el de las sirenas, tan dulce y ponzoñoso que mata a quien lo escucha, pero temeraria, primero lo escuché y atesoré, guardándolo en alguna de mis más recónditas celdas interiores, donde moran todos mis fantasmas, para desde allí, ordenarlo y armonizarlo conforme a mis tormentosos deseos. Después, como la serpiente tapé mis oídos, uno con mi propia cola, quedando enclaustradas en mi interior tus palabras; en otro, como el áspid lo froté contra el suelo hasta que se llenó de barro, el de las palabras del diario vivir, y así me quedé

sorda para todo otro amor, pero atenta siempre a las voces de ese hipogeo, en el cual yace una parte de mí y gracias a las cuales sobrevivo y vivo.

Pero yo no fuera quien soy, si empecinada, como el mirlo horrendo y enjaulado, no cantase una y otra vez este amor que te aherroja a mi recuerdo.

Como el tigre, al contemplar mi propio ensueño, embelesada con él, me he olvidado de todo y sólo vivo para ti, aunque parezca estricta y diligente; como las abejas, que sólo trabajan y viven para la colmena, las desdichadas abejas que parecen, ¿será verdad?, no escuchar otras voces que las de su deber.

Gracias ajena no espero, porque tú, amado, eres mi prisionero y sólo mi propia compasión nos liberará, a ti y a mí. Un día ella me preguntó, que si tuviéramos que dividirte –pues ambas te amábamos- con qué parte de ti me quedaría, y yo, más ambiciosa que ella, dije que con tu cabeza. La verdad, tu cuerpo nunca me interesó. Lo que de ti amaba, amo, amaré, era lo que en tu cabeza se atesoraba: la lúcida inteligencia, la gracia evanescente de tu sensibilidad, tu espíritu niño y sabio que dotaba de vida a cuanto lo rodeaba y así me hiciste transitar por un mundo de sortilegios; tu imaginación desatada y aun la melancólica aceptación de tu veleidad. Ayer te volví a ver tu belleza agonizaba, tan bello y seductor, como el ocaso de un largo día veraniego, pero nada importan los estragos del tiempo, porque yo, tejedora infatigable, tejo día a día este sueño, en el que maravilla y cotidianidad, deseo y realidad, se funden de manera tal, que no te necesito cerca de mí para tenerte, tanto y tan profundamente, que esclavo y amo de mi fantasía, te arrodillas junto a mí, en este tapiz cuyas márgenes son insondables y florida prisión que nos encierra desde hace siglos.

Mi bello unicornio, aprisionado por mis recuerdos, el nostálgico canto de la memoria y el aroma de mirra con los cuales te envolví, esperas recostado en mis florecidas faldas el instante en que llegue la muerte, ese instante en que liberados de mi propia fantasía, reposemos, al fin, sueño mío, indeclinable obsesión, en la oscuridad remota de la nada.